

Para saber más

GUÍA ANIMADOR

itinerario diocesano de formación

Sobre la Eucaristía

itinerario diocesano de formación

LA CENA PASCUAL JUDÍA

Los evangelistas han transmitido que la última Cena de Jesús con sus apóstoles fue una cena pascual.

Empezaremos por acercarnos a la cena pascual judía tal y como era celebrada en el siglo I de nuestra era.

Los judíos celebran todos los años una cena pascual en recuerdo de la liberación de Egipto. Sobre la mesa se ha colocado una comida muy humilde: tres panes sin fermentar, hierbas amargas y el «charoset», que es una especie de mermelada cuyo aspecto recuerda la masa con la que fabricaban ladrillos durante su esclavitud en Egipto. También está el cordero, evocador de aquel otro gracias a cuya sangre salieron de Egipto.

Situados alrededor de la mesa, el más joven de los presentes, que generalmente es un niño, pregunta:

«¿En qué se diferencia esta tarde de las demás?

En las demás tardes se come a discreción pan o ácimo, pero en ésta sólo ácimo...»

Y el más anciano responde leyendo en la Toráh la descripción de la salida de Egipto. Al final concluye así:

«De generación en generación, todos han de recordar la salida de Egipto».

Pero la cena pascual no se limita a recordar el pasado. Al igual que las demás conmemoraciones del Antiguo Testamento, también la cena pascual **recordaba** el pasado **actualizándolo** en el presente y **proyectándolo** hacia el futuro. Recuerda, actualiza y proyecta.

Mediante esa actualización del pasado, los hebreos que comen la cena pascual se vuelven contemporáneos de sus antepasados que salieron de Egipto y firmaron la Alianza con Dios en el desierto: «El Señor nuestro Dios concertó con nosotros una alianza en el Horeb. No concertó esta alianza con nuestros padres, sino con nosotros, con todos los que estamos vivos hoy, aquí» (Dt 5, 2-3).

Mientras los judíos mantengan vivo el recuerdo de su liberación, no se olvidarán del Dios que los sacó de Egipto ni se resignarán a permanecer esclavos de nadie. El recuerdo de la liberación de Egipto alimentaba en los judíos el ansia de alcanzar cuanto antes la libertad

definitiva de la era mesiánica. De hecho, en tiempos de Jesús llegaba a tal extremo la excitación popular durante la noche de pascua que los romanos tenían que reforzar la vigilancia.

Este carácter de la cena pascual, que une pasado, presente y futuro en un tiempo único de liberación permanente, queda muy bien expresado en la oración ritual que se pronuncia mientras se comen las hierbas amargas y se parte el pan ácimo en la cena pascual judía: «Éste es el pan de la aflicción que comieron nuestros padres en la tierra de Egipto: Quien tenga hambre, venga y coma; quien esté en necesidad, venga y celebre la Pascua. Este año estamos aquí, pero el año próximo en Israel».

Pues bien, la eucaristía tiene el mismo triple significado que la cena pascual: recuerda un pasado que fue decisivo para nosotros, lo actualiza en el presente y nos proyecta hacia el futuro que esperamos. Sólo cambian los contenidos de esos tres momentos: el pasado actualizado por la eucaristía no es ya la salida de Egipto, sino la muerte y resurrección de Cristo. EL futuro anticipado no es tampoco la venida del Mesías, pues para nosotros eso ocurrió hace ya veinte siglos, sino la plenitud del Reino de Dios. Recordemos una de las fórmulas con las que, los que participamos de la Eucaristía, respondemos después del momento de la consagración:

«Anunciamos tu muerte,
proclamamos tu resurrección.
¡Ven, Señor Jesús!»

Así pues la eucaristía es la celebración del tiempo intermedio. Quienes la celebran tienen un ojo puesto en lo que ya ha tenido lugar, y el corazón impaciente esperando a llegada de lo que falta.

MEMORIAL

La eucaristía es, antes que nada, el **memorial** de la muerte y resurrección de Cristo. Pero, ¿qué significa esta palabra?

Gracias a la memoria, las personas podemos evitar que los acontecimientos importantes caigan en el olvido o desaparezcan para siempre desde el momento en el que ocurren. A veces, es posible que el recuerdo posterior de los hechos nos concede una densidad que no fue posible captar en el momento en que ocurrieron por vez primera.

Cuando llegó el momento de separarse de los suyos, Jesús se planteó cuál sería su mejor memorial: ¿un retrato? No creyó que su aspecto físico fuera lo más importante.

¿Bienes materiales? Había renunciado a ellos...

Les dejó pan y vino, *que desaparecen para dar vida* a quien los come. Pensó que era el signo más expresivo que cabía encontrar de lo que fue su vida: una vida entregada por los demás. Y del mismo modo que en la cena pascual el que la presidía explicaba a los comensales lo que significaban el cordero, las verduras amargas, etc., Jesús también explicó a los suyos: «Este pan que ahora parto es mi cuerpo que va a partirse y a destrozarse por vosotros. Y este vino que se derrama es la sangre que va a derramarse por muchos».

Después concluyó: «Haced esto en memoria mía». Pero «esto» no se refiere únicamente al gesto ritual. Igual que para Él dicho gesto fue celebración de una vida entregada, así también debe serlo para quien lo repita. Así intentó expresarlo el Concilio Vaticano II en la constitución *«Sacrosantum Concilium*: «Aprendan (los fieles) a ofrecerse a sí mismo al ofrecer la hostia inmaculada».

De hecho, en la cena pascual cada invitado bebía de su propia copa, cada uno la suya. El gesto de Jesús esa noche fue distinto: hace beber a todos de una misma copa —¡la suya!—. Fue un gesto inédito. Significaba, sin duda, que todos debían participar en su suerte o destino. Pablo lo afirmará sin dejar lugar a dudas: «La copa de bendición que bendecimos, ¿no es acaso comunión con la sangre de Cristo? Y el pan que partimos, ¿no es comunión con el cuerpo de Cristo?» (1 Cor 10, 16)

Se trata, pues, de **vivir como Cristo vivió, y luego celebrar nuestra vida entregada como él lo hizo.**

EL PAN Y EL VINO

Comer pan y beber vino son un gesto muy humano. Lo primero que significa el comer pan y beber vino es el alimento. La comida es fuente de vida: la necesitamos para satisfacer el hambre y la sed y poder sobrevivir. Para los judíos, pueblo del mediterráneo, el pan y el vino, junto con el agua y el aceite, son los elementos más comunes de su alimentación.

Al trigo y a la vid, dones de la tierra, se añade el esfuerzo y la imaginación del hombre, que con su trabajo elabora el trigo y la vid hasta convertirlos tras un largo proceso en pan y vino, que son así «fruto de la tierra y del trabajo del hombre».

Comer pan y beber vino tienen una connotación de unidad y amistad. Comer con otros ha sido siempre un gesto simbólico expresivo de solidaridad, amistad y comunicación interpersonal. «Comer con» es algo que más que satisfacer el hambre o adquirir las vitaminas necesarias para reponer fuerzas, es ambiente, conversación y comunicación interpersonal, amistad, alianza, y si es el caso, reconciliación, son realidades que se explican mucho mejor en el marco de una comida o de una copa compartida, que son el acto social por excelencia. La felicidad que produce el poder comer y beber lleva espontáneamente al hombre religioso a una actividad de *agradecimiento ante Dios*.

El pan es un alimento que tiene una variedad de significados: es el alimento base, el que resume todos los demás. Símbolo de todo otro alimento cultural o espiritual. Las primeras comunidades vieron en el pan y su composición como un símbolo de la unidad de la Iglesia.

El vino es la bebida festiva por excelencia y dice *alegría y vitalidad*. Se considera como el signo de la felicidad, de la prosperidad y de la fecundidad. Es algo más que calmar la sed. El vino habla de la amistad y comunión con los demás, porque crea una atmósfera de solidaridad y comunicación. También puede recordar la sangre y por eso es signo de dolor y la tragedia. A pesar de la ambigüedad del vino, fue elegido por Jesús como signo sacramental de su comunión.

Aparte del simbolismo que cada elemento tienen de por sí, los dos juntos forman un binomio feliz para expresar la donación de Cristo a sus fieles en la Eucaristía.

Ambos, son alimento para la vida, proceden del mundo creado y del trabajo del hombre, son don de Dios y símbolo de la alegría del Reino y de la Vida nueva que Cristo nos comunica, así como de la fraternidad que congrega a la Iglesia.

El pan

Calma el hambre.
Apunta al trabajo.
Recuerda la corporeidad humana.
Asegura la subsistencia.
Compartido, expresa fraternidad.
Puede significar la entrega.
Subraya la cotidianidad.
Cristo lo identificó con su Cuerpo.
Comiéndolo, nos unimos a Cristo.

El vino

Apaga la sed.
Produce alegría.
Recuerda la vitalidad anímica.
Llena de inspiración.
Compartido, habla de amistad y alianza.
Puede significar el sacrificio.
Subraya la festividad.
Cristo lo identificó con su Sangre.
Bebiéndolo, nos unimos a Cristo.

SACRAMENTO

La vida está llena de sacramentos (símbolos, misterios).

Éstos responden a una necesidad íntima del hombre.

El lenguaje es ya un sistema simbólico, y lo mismo debemos decir de acciones corporales: dar un beso, guiñar un ojo, apretar la mano... ¿Quién sería capaz de traducir esos símbolos en «ideas claras y distintas» sin empobrecerlos?

Cuando definimos algo, intentamos concentrar en una palabra o un concepto algo que supera a las cosas mismas. ¿Por qué nuestra abuela se niega a cambiar los muebles que ha tenido «siempre», aunque no sean ya funcionales?

En cualquier cosa hay que distinguir la realidad en sí misma de su mensaje.

Quizá como «cosa» sea irrelevante, pero su «mensaje» le da un valor inestimable.

A veces es la propia persona la que da significado sacramental a una cosa: pero otras veces es toda la sociedad o un colectivo la que lo hace. Un ejemplo sería 'la mocadorà' típica para celebrar el día de los enamorados o San Donís en la Comunidad Valenciana el 9 de octubre. Los hombres regalan a la mujer de la que están enamorados unos dulces y un pañuelo. Cuando todo un pueblo ha dado valor sacramental a una realidad, su fuerza es infinitamente mayor.

También hay sacramentos divinos: las personas que tienen una profunda experiencia de Dios lo encuentran en todas partes. Nos puede servir de ejemplo san Francisco de Asís: en el pájaro que canta sobre una rama, en la hormiga que arrastra su comida, en el fuego y hasta en la «hermana muerte». San Irineo decía, en relación con Dios, que «las cosas no son intrascendentes, sino llenas de signos».

De entre los signos de Dios que hay en el mundo, uno destaca por encima de los demás: Jesús de Nazaret. Él pudo decir de sí mismo: «Quién me ha visto a mí ha visto al Padre» (Jn 14, 9). Todo en Jesús apunta «más allá de las apariencias». San Agustín afirmaba que Cristo es *sacramento de Dios*.

Sacramento es el *signo visible que hace presente una realidad invisible*.

Esa realidad invisible no es otra que el mismo Dios.

Los sacramentos son *encuentros con Dios*; y encuentros que tienen lugar sensiblemente, como reclama nuestro ser corporal:

«Es connatural al hombre llegar al conocimiento de las cosas inteligibles a través de las sensibles. Y como el signo es el medio por el que se llega al conocimiento de otra cosa (...), es lógico que la santificación del sacramento tenga lugar a través de cosas sensibles».

(Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, 3, q.60)

«¡Cuántas veces en nuestra vida hemos visto separarse a dos personas que se aman!

Y en la hora de la partida, un gesto, una fotografía, un objeto que pasa de una mano a otra para prolongar de algún modo la presencia en la ausencia. Y nada más.

El amor humano sólo es capaz de estos símbolos.

En testimonio y como lección de amor, en el momento de la despedida, «viendo Jesús que llegaba su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin» (Jn 13, 1).

Al despedirse, Jesús no deja a sus amigos un símbolo, sino la realidad de Sí mismo.

Va junto al Padre, pero permanece entre nosotros los hombres.

No deja un simple objeto para evocar su memoria.

Bajo las especies del pan y del vino está Él, realmente presente, con su Cuerpo y su Sangre, su alma y su divinidad.»

San Juan Pablo II (Fortaleza (Brasil) - 09.07.1980)

PRESENCIA REAL DE CRISTO

El signo del sacramento no se reduce a una utilidad pedagógica, sino que realiza eficazmente lo que significa: el pan y el vino no sólo «recuerdan» lo que fue la vida de Cristo, sino que lo hacen *realmente* presente en la eucaristía.

A menudo han pululado concepciones sumamente «carnales» de la eucaristía.

El mismo santo Tomás de Aquino defendía: «Por virtud del sacramento, se contiene bajo las especies no sólo la carne, sino todo el cuerpo de Cristo con sus huesos, tendones, etc» (*Summa Theologica*, 3 q.76)

Obviamente, no es así. Cuando decimos que Cristo se hace presente en la eucaristía, *no debemos pensar en el Jesús mortal, sino en el Cristo resucitado*. De hecho, sólo la resurrección hace posible la presencia *real* de Cristo en la eucaristía. Si no hubiera resucitado, no pasaría de ser una manera de recordar a un difunto.

La Iglesia se ha servido tradicionalmente de la teoría de la **transustanciación** para «explicar» la presencia de Cristo en la eucaristía: por la consagración tiene lugar una conversión de la sustancia del pan y del vino en la sustancia de Cristo.

Aristóteles define la «sustancia» como un término metafísico que pretendía designar la realidad última, el ser profundo (y, desde luego, no sensible) de las cosas: la esencia. La esencia es lo que una cosa es. Hoy ese término ha sido asumido por las ciencias experimentales (sustancia blanca, dura...) y ha cambiado totalmente su sentido: una «sustancia» es ahora algo sensible, que podemos tocar —que puede ser estudiado y observado y, por tanto, está más cerca de los «accidentes» que de la «sustancia» aristotélica. Para la mentalidad científica, la estructura íntima de una «sustancia» no es su esencia, sino una composición química. Por ejemplo, las sustancias del agua son el hidrógeno y el oxígeno. Y, desde luego, nos equivocáramos si pensáramos que al pronunciar las palabras de la consagración se produce una «transustanciación» consistente en la transmutación de la composición química del pan.

Con la resurrección de Jesús, Cristo está presente en la eucaristía. la resurrección no fue la reanimación de un cadáver que luego habría ascendido al cielo. La resurrección abre el ser a una nueva dimensión que ya no queda limitada por las fronteras espacio-temporales. Afirmar que está «en el cielo» no implica negar su presencia entre nosotros. Como dice san Pablo, «subió por encima de los cielos para llenar todo el universo» (Ef 4, 10).

De hecho, la presencia eucarística debe considerarse en el marco de una presencia más amplia de Cristo resucitado en el mundo, que va adquiriendo mayor densidad en los sucesivos modos de presencia:

- en las personas (sobre todo en los más necesitados) (Mt 25, 40)
- en la comunidad cristiana (Mt 18, 20)
- en la celebración eucarística

Como dijo el beato Pablo VI en 1965, «tal presencia se llama *real* no por exclusión, como si las otras no fueran reales, sino por antonomasia» (*Mysterium fidei*, 22).

LA ANTICIPACIÓN DEL REINO DE DIOS

Dijimos que la eucaristía no es sólo memorial de la Muerte y Resurrección de Cristo, sino también anticipación del futuro esperado: la plenitud del reino de Dios.

Jesús utilizó también el lenguaje de las acciones simbólicas. Entre ellas destacan las comidas con los pecadores y la última Cena. Ambas anticipan la plenitud del reino de Dios, dado que hacen sacramentalmente presente la reconciliación definitiva de las personas entre sí y con Dios. Es decir, las comidas con pecadores son un signo visible de la forma de ser del Padre.

El pan y el vino son en nuestra tierra signo de desigualdad. Mientras unas minorías lo acaparan en sus mesas sobreabundantes, otros muchos viven desprovistos de lo más necesario. Pues bien, la mesa de la eucaristía -que ofrece a todos por igual «los frutos de la tierra y del trabajo de los hombres»- debe servirnos de brújula para la historia.

La reforma litúrgica ha puesto especial interés en eliminar de nuestras eucaristías todo aquello que pueda oscurecer ese carácter anticipatorio del Reino. Por eso, aunque se distingue un presidente de la celebración porque actúa en nombre de Cristo, no se admite ninguna otra distinción entre los participantes por razón de su clase social, edad, sexo, etc. La Constitución conciliar sobre Sagrada Liturgia afirma claramente que «no se hará acepción alguna de personas o de clases sociales ni en las ceremonias ni en el ornato externo» (Concilio vaticano II. *Sacrosantum Concilium*, 32).

Y en la Ordenación general del Misal Romano se dice: «La costumbre de reservar asientos a personas privadas debe reprobarse» (OGMR, 273).

La celebración de la eucaristía debe ser una vivencia anticipada de la fraternidad del Reino.